

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

- Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

## LA CARTA DE VÍCTOR MANUEL AL PAPA (\*).

El día en que los periódicos, llevando la alarma á los corazones católicos, hicieron pública la respuesta que había dado el soberano pontífice al conde Ponza de San Martino portador de la carta de Víctor Manuel, y nos dijeron que el magnánimo, el dispensador de beneficios y perdonador de agravios, Pio IX, había contestado esforzando la voz con la indignación santa del Salvador al arrancar su máscara á los hipócritas fariseos, adivinamos que renovando acaso la escena del huerto de los Olivos, algún nuevo Judas iba á poner su mano sobre el ungido del Señor y á entregarle á sus enemigos, después de haber estampado en su venerable frente el ósculo de mentido respeto.

Poco tiempo después todos los diarios de Europa daban á luz aquella carta, escrita según su autor con *afecto de hijo, con fé de católico, con lealtad de rey*, y cuyo contenido había arrancado del pontífice aquellas severas palabras. La prensa anti-religiosa, cegada por su odio á la santa sede que no le permitió reparar en las consecuencias liberticidas que de aquel documento se desprenden, rompió en unánimes aplausos al que lo autorizaba con su firma; y cual si temiera que se detuviese en su camino ante la magestuosa figura de Pio IX como Átila ante la de Leon el gran-

de, reclamó la pronta ocupación de Roma que en dicha carta se anunciaba. La prensa católica anatematizó el pérfido escrito que arranca lágrimas de dolor de todos los corazones creyentes y amadores de la justicia; no tanto por la resignada víctima á quien los sayones del rey de Italia se aprestaban á llevar al Calvario y en cuya próxima resurrección confían, como por los pueblos sobre quienes, según la profecía del que hoy marcha llevando su cruz por la vía dolorosa, han de caer más ó menos pronto en espantosa abundancia las amarguras del cáliz arrimado hoy á los labios del gusto únicamente enseñados á bendecir.

Acostumbrados nos tenía el rey de Italia á grandes injusticias, y sin embargo, tanto trabajo nos cuesta creer en ellas! todavía le suponíamos incapaz de la que acaba de consumar por escrito y por obra. Y es que esta escende en lo odioso, en lo inicuo, en lo violento á cuantas manchan la historia de su miserable reinado.

El que arrebató su manto ducal al generoso bienhechor y pariente que, siendo él niño, le había salvado la vida, el que arrancó de las sienes del rey de Nápoles también pariente suyo la corona, había procurado con el deseo de los pueblos expresado por votos de que se encargaban Garibaldi y sus agentes: mas esta vez, á pesar de lo mucho que se ha trabajado para hallar testigos falsos y turbas que voceasen el *tolle, tolle*, contra el que es-

(\* El trastorno de los correos no ha permitido llegar antes á nuestras manos este interesante artículo de nuestro amigo y colaborador.

taba ya de antemano condenado al despojo, los nuevos Pilatos no han tenido siquiera el consuelo de poder lavarse las manos ante las naciones y los reyes de Europa. Es una iniquidad que nada disculpa, nada abona y que nada les obligaba á cometer.

Roma, cuya posesion se codiciaba aunque deseando legitimarla, no daba señales de vida política sino para prodigar á su papa-rey entusiasmas y sinceras ovaciones. Apesar del abandono en que la dejara el que se habia comprometido ante la Europa católica á ser el protector del pontificado, la revolucion, tan audaz siempre aun ante monarcas mas poderosos, ante el mismo Víctor Manuel su ídolo ayer y hoy su esclavo, no osaba levantar su cabeza ni aun en medio de las tinieblas de la noche con que suele ocultar su fealdad ó su flaqueza, ni siquiera para ahullar algunos *muestras* que hicieran creer que, si no como un peligro, existia dentro de los muros de la ciudad santa como una amenaza. Ni aun la sombra de *esa nube cargada de peligros que está suspendida sobre la Europa*, de que habla en su carta el *humildísimo y obedientísimo y afectuosísimo hijo de la santa sede*, que con ser tal no repara en derribarla á cañonazos, se proyectaba sobre el exiguo reino, ni sobre la venerable frente del santo anciano que á la sazón reunia á sus fieles súbditos en los templos para rogar, no por él, sino por los pueblos sobre quienes parece haber derramado el Señor la copa de sus venganzas. Mas aun, estaban atacando los muros de la capital del mundo católico los soldados del monarca de las anexiones; y los mercenarios, que les habian abierto las puertas de otras ciudades, no se atrevian á dar ni un viva á su amo á espaldas de los defensores de la santa causa de la fe y de la justicia.

La iniquidad á pesar de todo quedó consumada; y ya que la revolucion no venia esta vez á abrir el camino á las tropas de Víctor Manuel, este, complaciente cual nunca con ella, no se desdeñó de hacer marchar su ejército á la vanguardia. Víctor Manuel quiso hacer creer que la revolucion estaba en Roma, porque le convenia que así fuese, cuando en

realidad compartia con él su trono, á la manera que personificada en Garibaldi compartia con él la carroza con que hizo en Nápoles su entrada triunfal. Al tratarse en las cámaras francesas en 1867 de la cuestion romana, Mr. Thiers, enemigo de la política de Napoleon causa primera de su caída y de las humillaciones por que está pasando la Francia, decia hablando de las anexiones del Piamonte «que la casa de Saboya cazaba con halcon» sirviéndose para ello del general Garibaldi. Valiéndose del mismo simil, podria decir hoy que esta vez es Víctor Manuel el halcon que se ha lanzado sobre su codiciada presa para ponerla en manos del gefe de la demagogia italiana.

Como quiera que sea y dejando al tiempo la solucion del problema que la ocupacion de Roma por las tropas italianas deja planteado, á es saber si mientras no sea del papa ha de ser monárquica ó republicana, la iniquidad, lo repetimos, queda consumada, y sancionada con un nuevo hecho la doctrina de que cualquier pueblo ó monarca, que se crea con mas fuerza para absorber á otro mas débil, podrá hacerlo, con solo suponer la posibilidad de que la revolucion se apodere de él ó cuando menos turbe su reposo; lo cual traducido á una fórmula mas llana y mas al alcance de las inteligencias menos despiertas, significa que cualquiera está facultado, si tiene confianza en su revolver, para arrancar su bolsa y despojar de su capa á la primera persona indefensa que pase por la calle, con el pretexto de que lo hace para guardárselos de cualquier ratero que pudiera acometerle mas abajo.

Esto es lo que, mudados los personajes y el lugar de la escena, acaba de pasar en la ocupacion de Roma por Víctor Manuel, y este el argumento, el principio, el derecho, ya que así les place á sus admiradores llamarle, en que se ha apoyado para llevarla á cabo y legitimarla.

Formulado este principio, y lo que es mas triste, aceptado como bueno, como justo y como enteramente conforme con las prescripciones del derecho revolucionario, por los que tienen la modestia de monopolizar en favor suyo el dictado de liberales, á saber, los re-

publicanos de todos los colores, los demócratas de todos los matices, los progresistas de todos los tonos, ¿se han detenido estos á meditar, siquiera unos cuantos minutos, en las consecuencias que de él derivan, mal que les pese, ya que la lógica es mas poderosa que la voluntad de los hombres?

¿Sabeis que al admitir aquel principio quedais obligados á aceptar como sagrado, como santo el derecho de la fuerza, y os privais de condenar sus mas bárbaras conquistas, sus mas horribles crueldades, debiendo ser aquellas y estas mas disculpables, mas conformes á vuestro criterio moral, cuanto mejor se presente embozada la violencia con el odioso manto de la hipocresía? ¿Sabeis, que á juzgar por vuestro derecho, el conquistador de pueblos será tanto mas digno de loa, y ocupará en la historia un lugar mas digno cuanto mejor sepa ocultar su melena de leon bajo la piel del zorro?

¿Con qué derecho condenareis los grandes desafueros, las repugnantes iniquidades cometidas por la diplomacia europea desde que reina en el mundo esa política anti-cristiana, baldon de los tiempos modernos, que en todas sus soluciones atiende á lo útil con preferencia á lo justo, á satisfacer ambiciones mas que á acallar fundadas quejas, tales como, por ejemplo, los repartos de la Polonia, y entre estos el que fué principio de los demás, el de 1772 llevado á cabo por sus poderosos vecinos? Al menos entonces si el pretexto era idéntico, era cien veces mas fundado que el que invoca Víctor Manuel para apoderarse de Roma, y lo legitimaba en Varsovia un simulacro de dieta, preferible á la parodia de plebiscito que consagra ahora esta detestable usurpacion.

¿Con qué derecho, vosotros liberales franceses, acusareis de usurpadora la Prusia, no ya porque intente quedarse con la Alsacia y la Lorena que fueron, antes que francesas, alemanas y que hoy posee ya por el mal llamado derecho de conquista, pudiendo tenerlas mañana por el voto de los pueblos si quisiera empequeñecer sus triunfos con la ridícula farsa del sufragio; sino aun cuando intentase

apoderarse de toda Francia y hacer de Paris la capital de uno de sus estados, si contando como cuenta con la espada del viejo Moltke y de sus animosos príncipes, el Cavour de la corte de Guillermo se dignara escusar las victorias de estos con las razones con que pretende legitimar su usurpacion el rey Galantuomo? ¿No se os ha ocurrido siquiera que Bismark, á quien tanto denigrais hoy los que tan grande hallabais hace poco al famoso ministro italiano, no tendria que hacer mas que copiar la carta de Víctor Manuel al papa, cambiando los nombres de Roma por el de Paris, de pontificado por el de república, de Italia por el de Prusia, y arrojárola al semblante para amargar el dolor de vuestras derrotas con la hiel del escarnio?

¿Con qué derecho, revolucionarios españoles, los que por confesion de vuestros mismos caudillos teneis hace dos años sumido el pais en una anarquía, que podria calificarse de mansa sino costara ya algunos millones de víctimas sacrificadas en cien motines, con no sé cuantos bombardeos, con tres tentativas de guerra civil, con un trono vacante que os veis en la imposibilidad de llenar; con qué derecho, repetimos, calificariais de usurpacion la ocupacion de nuestras ciudades por un ejército alemán só pretexto de que pueda pegarse á las razas germánicas el virus revolucionario de que están impregnadas las latinas, ó por un ejército francés, el dia en que vuelva á ser la Francia poderosa, só pretexto de impedir que por encima de los Pirineos se comuniquen á sus pueblos el incendio que devasta nuestros campos y ciudades?

¿Con qué derecho, patriotas de la novísima Italia, condenariais mañana al que dándose, cual impiamente lo hace vuestro rey, como encargado por la Providencia de proteger y guardar la paz del mundo, invadiese y se apoderase de vuestros pueblos, ya que por confesion del mismo (torpeza insigne del que ha redactado su carta y ceguedad incalificable de su firmante!) en Italia especialmente es donde el partido de la revolucion cosmopolita crece en bríos y en audacia, y prepara las últimas ofensas, no tan solo al pontificado, is

que también á la *monarquía!* ¿Cómo no habéis reparado que detrás de otro conde Ponza de San Martino portador á Víctor Manuel de una copia de su carta, pudo entrar á ocupar vuestras principales capitales otro Cadorna alemán ó francés, ya que el Austria y la Francia han de aprovechar gustosos la menor ocasión que les dais para invadir vuestro suelo; aquella, deseosa de vengar las humillaciones á que contribuisteis ayudados por la espada de los Francos; la última con el deseo de castigar vuestra ingratitud, ya que debiéndole todo cuanto teneis, la habéis dejado abandonada y hasta insultado en la hora de su tribulación?

¿Con qué derecho en fin, (y fijaos bien en esta última consideración) con qué derecho, vosotros que os llamais conservadores, y que por ignorancia, ó por pasar plaza de despreocupados, ó por egoísmo y debilidad de carácter, si no por temor, aplaudís ó cuando menos no condenais escándalos como el que para mengua del siglo actual acaba de presenciar el mundo, acusaríais á un gobierno tiránico que só pretexto de las amenazas de nivelación de clases y fortunas con que nos amenaza el socialismo, dispusiera como de cosa suya, bien que dándose como custodio de ellos, de vuestros bienes y de vuestros hijos; ó anatematizaríais los excesos del socialismo, cuando este os contestara que era preciso abatir á sus enemigos para mejor llevar á cabo y asegurar la revolución social, panacea segura, según él, para curar los males que á la humanidad aquejan?

Discurrid cuanto queráis; inventad sofismas. Cuantos esfuerzos intenteis de inteligencia y de voluntad, no han de alcanzar á que del hecho, del principio, de la premisa sentada y por vosotros admitida, no se deduzcan sus naturales consecuencias.

Después de esto continuad aplaudiendo la carta del rey de Italia y sembrando de palmas el camino por donde va á subir al Capitolio. Infeliz de él si no recuerda con tiempo que héroes de mas talla que la suya tuvieron espacio apenas de apearse de su carro de triunfo, cuando fueron despeñados de la roca Tar-

peya que á sus espaldas se oculta! Después de esto continuad insultando al anciano que sube tranquilo y asegurado al Calvario, donde para mas glorificarle en la tierra y en el cielo permitirá acaso el Señor que halle la muerte. Nosotros los católicos, sabiendo que cuantas veces el pontificado ha pasado por los tormentos de la crucifixión ha salido después triunfante del sepulcro donde habian creído tenerle para siempre enterrado sus enemigos, esperaremos tranquilos que asome el sol que ha de iluminar de nuevo el triunfo de la Iglesia, bien que esforzando nuestras oraciones para que, como Gregorio VII y como mas recientemente Pio VI, no acabe nuestro amado pontífice sus dias en la orilla de ningun rio extranjero, sino que se digne el Altísimo proteger aquella cabeza tan respetable bajo la triple corona del pontificado y de las auréolas de la vejez y de la santidad.

En cuanto á Víctor Manuel pidamos á Dios que no copie su carta en el libro de la vida, para que no tenga que leerla delante de él en el dia de las divinas justicias.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

Sarriá 5 de octubre de 1870.

### GLORIAS HISPANO-CATÓLICAS.

#### RECUERDOS LOCALES DE SANTA TERESA.

Ávila posee á Sta. Teresa viviente en sus memorias; Alba de Tormes la posee muerta en sus restos y en su sepulcro. Este es el mayor tesoro que encierra la villa ducal; y por él mas que por otro ningun título es famosa y en todo el reino y en todo el orbe cristiano envidiada. A su convento de carmelitas descalzas, uno de los mas humildes entre las numerosas fundaciones de Sta. Teresa, cupo la honra inestimable de recibir su último aliento y de quedarse con sus mortales despojos. Habíalo planteado en 1571 la insigne reformadora, no con el favor de los duques aunque tan adictos suyos, sino del hidalgo Francisco Velazquez contador de aquellos y de su piadosa muger Teresa de Laiz, quien hallándose sin hijos ni herederos y movida de un sueño misterioso, indujo al marido á ceder

la renta bastante y la espaciosa casa donde vivían para las nuevas religiosas (1). Vió la santa levantar en sus días la portada que mira á una plazuela, adornada de columnas estriadas y de esculturas mas copiosas que buenas, á saber dos medallones de S. Pedro y S. Pablo, un relieve de la Anunciacion titular del monasterio y en el fronton semicircular la figura del Padre eterno, con la inscripcion que perpetúa su data y el nombre de los bienhechores. De la iglesia alcanzó á ver fabricada toda la parte cubierta de crucería, bien agena de pensar que su sepulcro mas adelante hubiese de dar motivo á ampliarla y enriquecerla.

Estenuada de hambre y de fatiga por lo trabajoso y rápido del viaje y por la penuria de las posadas, abrevada de sinsabores y aun ingratiudes de quienes menos pudiera recelar, llevóla á Alba por última vez la obediencia en 20 de setiembre de 1582 para asistir al alumbramiento de la duquesa (2). Postrada en cama desde el siguiente dia se preparó á reunirse con Jesus, cuyo cuerpo recibió diariamente, hasta dormirse en su ósculo el 4 de octubre después de un arrobamiento de catorce horas (3). «¿Aquí no me darán un poco de tierra?» habia dicho á los que la preguntaban acerca del lugar de su sepultura; y se le dió entre las dos rejas del coro, echando encima tal copia de cal y piedra que hundió el ataúd, mas no ajó siquiera la belleza y fres-

cura del cadáver. Vana fué esta diligencia para impedir que tres años despues vinieran los superiores de la orden á llevarse aquel tesoro, adjudicado á Avila por titulo de patria y á sus monjas de S. José por derecho de primogenitura; pero la autoridad del pontífice, á instancia de los duques y de D. Fernando de Toledo prior de S. Juan, mandó antes de nueve meses devolver el sagrado cuerpo al mismo punto donde providencialmente se habia de él separado el alma (4). En 1615, beatificada ya Teresa y aclamada patrona especial de Alba (5), decoróse aquel sitio á la izquierda de la nave con un cuerpo de pilastras corintias y con otro análogo encima de la cornisa, en cuyo centro se colocaron los venerados restos en una arca regalada por Isabel Clara Eugenia hija de Felipe II y gobernadora de Flandes: en los entrepaños se pusieron elegantes inscripciones latinas (6).

Por los años de 1680, pareciendo reducido el templo y no reparando en darle una irregular longitud, se construyó el crucero con su cúpula á espensas del obispo de Salamanca fray Pedro de Salazar, y para los retablos colaterales pintaron aplaudidos lienzos los buenos artistas de la época (7).

(4) Fué sacado de Alba en 24 de noviembre de 1585 y restituido allá en 23 de agosto del siguiente año.

(5) En 7 de octubre de 1614, año de su beatificacion, hizo voto el ayuntamiento de guardar su fiesta y tomarla por patrona, trece años antes de que á petición de las cortes le confirmara la santa sede el patronato de la monarquía. En 1622 fué canonizada.

(6) Estaban antes á los lados del sepulcro tal como las publicó en su acreditada vida de Sta. Teresa fray Diego de Yepes obispo de Tarazona: *Rigidis Carmeli patrum restitutis regulis, plurimis virorum fœminarumque erectis claustris, multis veram virtutem docentibus libris editis, futuri præscia, signis clara, caeleste sidus ad sidera adrolavit B. virgo Theresa, III nonas octobris MDXXII.—Manet sub marmore non cinis sed madidum corpus incorruptum, proprio suavissimo odore ostentum gloriæ.* Ignoramos con qué ocasion, conservando puntualmente las ideas y cambiando las palabras, se redactaron dichos letreros en la forma con que hoy existen: *Antiquis Carmeli patrum restitutis regulis, virorum ac mulierum plurimis constitutis cœnobiis, multis vere piis et admirandis confectis libris, futuri præscientia miraculisque clarissima, idibus octob. anno MDLXXXII—Theresa virgo ad caelestes sedes migravit, quam trigesimo secundo post obitum anno in beatorum numerum refulit Paulus V, cujus incorruptum corpus hoc servatur coliturque in marmore, adhuc salutiferum et odoriferum stillans oleum.* Encima del arco se lee: *Paulo V pontif. max. Philippo Hispaniar. rege catholico, fr. Joseph ab Jesu M. reformati ordinis B. M. Virginis de Monte Carmeli generali vº, sacellum hoc in quo antea corpus B. Theresie virg. ejusdem reformationis fundatricis fuerat humatum, ubi eadem sacra pignora servantur, eidem virgini dicatum consecratum anno Dom. MDLXV.* Dentro de la pequeña capilla, á la cual se baja por algunos escalones, se ve el hoyo del primer entierro.

(7) Francisco Ricci pintó el S. Juan de la Cruz, y Diego Gonzalez de la Vega la Virgen del Carmen rodeada de su orden. Fernando VI regaló los dos cuadros de Flipart que puestos á los lados de la nave figuran á S. Fernando y S. Francisco de Paula.

(1) De la familia, nacimiento, matrimonio y vida de Teresa de Laiz, y no Lariz como se escribe en otras partes, y de las vicisitudes y dificultades que experimentó su propósito de erigir convento, nos dá la santa en el cap. xx de sus *Fundaciones* noticias que evidencian entre ambas la mayor intimidad. La vision que tuvo en Salamanca, no sabe si dormida ó despierta, la refiere en esta forma: «Parecióle que se hallaba en una casa, á donde en el patio debajo del corredor estaba un pozo, y vió en aquel lugar un prado y verdura con unas flores blancas por él de tanta hermosura, que no sabe ella encarecer de la manera que lo vió. Cerca del pozo se le apareció sant. Andrés de forma de una persona muy venerable y hermosa que le dió gran recreacion mirarle, y dijole: *otros hijos son estos que los que tú quieres.*» Y luego volviendo á Alba, al entrar en la casa comprada por su marido, se encontró con el patio y pozo representados en la vision. La de Laiz sobrevivió poco á la insigne doctora, que le habia escrito desde Palencia dos meses antes de su muerte para que contribuyera por su parte á la quietud de las religiosas. En un relicario de la catedral de Salamanca se conserva la escritura de dotacion de dicho convento otorgada en 24 de enero de 1571.

(2) Era esta la nuera del gran duque y esposa de su hijo D. Fadrique, de cuyo parto tuvo aviso la santa en el camino sin desistir por eso de su empezado viaje, á pesar de lo mucho que la importaba llegar á Avila cuanto antes. Terminada su fundacion de Burgos, acababa de pasar por Valladolid y Medina del Campo, donde no habia encontrado en algunas de sus propias hijas la sumision y reverencia que nadie ya en el mundo al parecer pudiera rehusarle.

(3) Al otro dia, con motivo de la correccion Gregoriana que suprimió diez dias del calendario, empezó á contarse 15 de octubre en el cual se fijó en adelante su festividad.

En los intercolumnios del principal, que nada merece por su arquitectura, se representan S. José y S. Andrés objetos de especial devoción; el uno para la santa, el otro para Teresa de Laiz: el nicho del centro lo ocupa el mismo cuerpo de la seráfica madre, desde que Fernando VI lo mandó quitar del costado de la nave para esponerlo en el sitio preferente del santuario á mas solemne veneracion. Revistióse de jaspes el camarín y cerróse con doble reja (dorada la de dentro y la de afuera plateada), la urna primitiva se incluyó en otra magnífica de plata y esta en otra de mármol negro sobre la cual velan dos ángeles de bronce; pero el buen rey ya no pudo gozar de la vista de sus obsequios ni visitar como se proponia la reverenciada tumba, pues la traslacion no se verificó hasta 1760 al año siguiente de su fallecimiento. Los ojos se afanan en valde por divisar al través de la triple cubierta aquellos frios y mudos restos, que tanto enseñan y tanto enardecen el alma por poco que á su presencia se recoja; mas siquiera tienen la dicha de contemplar dentro de un precioso relicario el brazo izquierdo, separado del cadáver al tiempo que este fué trasferido á Avila para consolar de su pérdida al convento, y el corazon encerrado en un cristal de la misma forma, que por dos veces ha estallado ya, como incapaz de resistir á la presión interna de aquel apagado volcan de amor (8).

Por mas que ante la gloria de tal sepulcro pierdan su interés los que hay repartidos por la iglesia, no deben ser pasados en silencio al menos por la relacion que tienen con el objeto principal. A la parte de la epístola, frente á la capilla que guardó cerca de dos siglos el bienaventurado depósito, yacen en un nicho de pilastras dóricas los fundadores Francisco Velazquez y Teresa de Laiz, revestido él de su armadura con elegante manto encima, mostrando su nobleza en el page reclinado á sus plantas sobre el yelmo, y en los blasones sostenidos por dos niños en la delantera de la urna (9). Algun parentesco tendria con ellos quizá, pues se

(8) Es tradicion que una monja lega lo estrajo antes de ser trasportado el cuerpo á Avila, y se atribuye al vapor que exhala, á pesar de tener respiradero, el empañamiento del cristal. El brazo es el que se rompió en vida la santa dando en Avila una caída en 1577: fáltale la mano que fué traída á Lisboa. No mencionamos las espinas brotadas del santo corazon de que tanto últimamente se ha hablado, por carecer en este momento de los datos que requiere tan delicado asunto.

(9) «Aquí están sepultados en este entierro, dice la inscripcion, los ilustres señores Francisco Velazquez y Teresa Lariz su muger, los cuales fundaron este templo y le dotaron de sus bienes, y se acabó año 1577.»

le titula en el epitafio primer patron del templo, Simon de Galarza caballero de solar Guipuzcoano, representado mas abajo en una soberbia esfigie, cuyo trage igual al de Velazquez se distingue por la riqueza del bordado, lo mismo que el de su muger esculpida de medio relieve en el fondo de la hornacina. Al otro lado enfrente de la puerta se ven tendidas las estatuas de la hermana querida de la inmortal doctora, D.<sup>a</sup> Juana de Ahumada y de su esposo Juan de Ovalle, reposando con ellos su hijo Gonzalo arrancado en la niñez por su santa tia de las garras de la muerte: los padres, que sobrevivieron al temprano fin del jóven y á la profesion religiosa de su hija Beatriz, legaron al convento sus escasos bienes, por gratitud á la que en vida nunca se habia dispensado, aunque tan perfecta, de consolarles y asistirles en sus trabajos (10).

Al que anda en busca de objetos coetáneos y de recuerdos materiales de la inspirada vírgen, inútil es penetrar en la clausura turbando el sosiego de sus moradoras: la celda donde espiró, á piso del claustro bajo, perfumada prodigiosamente en aquella hora y llena de visiones celestiales, se halla convertida en oratorio; y sin necesidad de entrar en el huerto descúbrese el corpulento ciprés, cuya plantacion se le atribuye, descollando por cima de las tapias. Desde el balcon de nuestra morada veíamos en primer término su verde y gallarda copa agruparse con las ruinas del alcázar de los duques que asoman algo mas lejos, y el contraste nos sugeria una reflexion consoladora. ¡He aquí, pensábamos, como vive y florece una débil planta sembrada por una débil muger, y allá sucumben los fuertes muros asentados por el fuerte y poderoso entre todos los caudillos y magnates! De las dos lumbreras que perdió Alba en un mismo año y por poco en un mismo mes (11) ¿quién se acuerda de Fernando de Toledo? ¿quién no conoce á Teresa de Jesus? ¡Aun

(10) El letrero no trae la fecha de su muerte, y despues de decir que *dejaron su hacienda toda al convento*, termina con estas palabras *acabóse año de 1594*, que no sabemos si se refieren al edificio ó á la sepultura. D.<sup>a</sup> Juana, educada á la sombra de tal maestra en la Encarnacion de Avila, casó en 1553 con Juan de Ovalle hidalgo de Alba nada rico, pues necesitaba para sostener la casa de los frecuentes ausilios de su cuñado Lorenzo de Cepeda. Sta. Teresa en sus cartas dibuja gráficamente el alma angelical de su hermana muger *tan honrada y de tanto valor que es para alabar á Dios*, y el carácter bueno pero algo caviloso del marido. Su hijo Gonzalo, no diremos si resucitado en todo el rigor de la palabra, page y despues gentil-hombre del duque de Alba, murió de edad de 28 años en 1585; la hija Beatriz, víctima de cierta calumnia lugareña poco antes de morir la santa y admitida despues en el claustro, vivió en Madrid hasta 1639 con fama de gran virtud.

(11) Murió el célebre duque en Lisboa á fines del año 1582.

en esta tierra de violencia y de mentira dura mas que la gloria de las armas la gloria de la santidad!

J. M. Q.

## CRÓNICA.

A la hipócrita carta que Victor Manuel envió al papa poco antes de la invasión del territorio romano, contestó Pio IX en estos términos:

«El conde Ponza de San Martino me ha entregado una carta que V. M. ha tenido á bien dirigirme: no es digna de un hijo afectuoso que tiene á gloria profesar la fé católica y se honra con la lealtad real. No entro en los detalles de la carta misma por no renovar el dolor que su primera lectura me ha causado. Yo bendigo á Dios que ha permitido que V. M. colme de amargura el último periodo de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias espresadas en vuestra carta, ni asociarme á los principios que contiene. Invoco de nuevo á Dios y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda á V. M. gracias abundantes, le libre de todo peligro y tenga con vos la misericordia que os es necesaria.»

En el Vaticano, el 11 de setiembre de 1870.—*Pio papa IX.*

Bajo el título de *Los últimos días del ejército pontificio*, publica *L'Unitá* de Turin el siguiente relato:

«Después de la capitulación pactada con el general Cadorna, todas las tropas pontificias se retiraron á la plaza de San Pedro.

Pasaron la noche cantando el himno de Pio IX, y dando continuamente el grito de *viva Pio IX!*

Por la mañana, antes de ponerse en marcha, formados todos en masa frente á las ventanas del Vaticano, pidieron á grandes voces la última bendición del papa. El pontífice, asomado á la ventana de su cámara, les dió la bendición y alzó las manos al cielo, indicando se resignaba con la voluntad de Dios.

Entonces las tropas, gritando *viva Pio IX!*, descargaron sus armas, saludando por última vez á su soberano.

Al mismo tiempo desfilaron por bajo de las columnas y dando vuelta al Vaticano, fueron á deponer las armas en la Puerta Portese delante del general Cadorna.

En la plaza los soldados y los circustantes lloraban; la mayor parte arrojaban sus armas por no entregarlas al enemigo, y los oficiales rompian sus espadas.

Testigos de esta bendición, dicen no haber visto nada tan conmovedor en la misma plaza, donde tantas veces el mismo pontífice habia llenado al mundo, con el espectáculo de su majestad.»

Sobre dichos sucesos añade los siguientes pormenores una carta de un joven francés publicada en el *Eco de la Provincia* de Tolosa.

«Rodeados por el ejército piemontés, hemos pasado más de ocho días sobre las murallas, preparados con resignación y con valor á sostener una lucha desigual y desconsoladora. Llegó por fin el día de la prueba y durante seis horas hemos sostenido un nutrido fuego.

El enemigo abrió una brecha enorme entre dos puertas, la bandera blanca de parlamento apareció. Cesamos de hacer fuego conforme á los usos de la guerra y los piemonteses, infames siempre, aprovecharon de este momento de tregua para precipitarse sobre la brecha. Roma ha sido tomada á traición. Entonces hemos recibido orden de retirarnos, abandonando la ciudad al enemigo.

Una mitad de mi compañía y yo con ella, habíamos sido separados del resto de los zuavos. Perseguidos, insultados por la pillería de la población y por los italianos que llenaban las calles hemos tenido que refugiarnos en el patio de Monte-Citario, donde nos habia conducido un coronel de gendarmería pontificia.

Un batallón de bersaglieri colocóse inmediatamente delante de la puerta, cerrándonos la salida. Después de veinticuatro horas de este bloqueo, sin comer un día y medio y sin descanso nos han hecho deponer las armas. ¡Qué ceremonia tan triste, padre mio!

Recibimos después la orden de marchar á reunirnos con los demás zuavos en San Pedro. Ibamos conducidos entre dos filas de bersaglieri y rodeados de más de 3,000 bandidos que de Nápoles habian acudido á tomar posesión de la ciudad santa, insultándonos y arrojándonos piedras durante el trayecto.

Al vernos todos reunidos en la plaza de San Pedro, todos nos abrazábamos llorando.

Cuando llegó el momento de partir, el pobre papa apareció en una ventana bendiciéndonos una última vez. Jamás olvidaré este corto momento de mi existencia y difícilmente podré al recordarle dejar de verter lágrimas.

Después se nos condujo fuera de las murallas, y allí se nos mandó desfilar delante del ejército piemontés, que nos hizo los honores de la guerra. En seguida marchamos á Civita-Vecchia, donde llegamos tristes por lo pasado y poco tranquilos por el porvenir.

Durante todo este tiempo han pasado en Roma cosas horribles. Muchos zuavos han sido sorprendidos, aislados y cobardemente asesinados. Muchos han sido decapitados y sus cabezas colocadas en picas, otros han sido atados á las colas de los caballos y descuartizados...»

Los italianos quieren hacer creer que la nobleza romana ha tomado parte con ellos en el despojo del papa. Esto no es verdad, pues solo uno ó dos han hecho traición á su soberano, mientras que la nobleza romana en general ha permanecido fiel á sus deberes, vertiendo su sangre por el papa.

En el combate del 20 la nobleza romana ha dado muestras de un valor y lealtad admirables. El príncipe Canuto Rospliguzi, el marqués Girolamo Teodoli y el conde Vicente Macchi, oficiales de artillería, resistieron heroicamente el fuego enemigo, en medio de una lluvia de granadas durante más de cuatro horas.

Tomaron parte en el combate el príncipe Julio Borghese, oficial de caballería, como ayudante del general Zappi; el marqués Guillermo de Borbon del Monte, brigadier de caballería, quedó gravemente herido de granada en Villa Medici, el marqués Lepri coronel de caballería, y los marqueses de Mellara oficiales de infantería.

Más donde la nobleza romana estaba más largamente representada era en el batallón de voluntarios pontificios de reserva, compuesto todo de ciudadanos romanos, en él estaban los marqueses Patrizzi, los príncipes Aldrobandi, Lancellotti, Solmona, Francisco Borghese, Matei y los marqueses Teodoli y Vitelleschi.

En los guardias nobles de su santidad (que no entraron en fuego) estaban los príncipes Barberini y Altieri y otros muchísimos ilustres nombres, lo mismo que en la guardia Palatina.

Los príncipes reales residentes en Roma tomaron en el combate del 20 una parte tan activa como gloriosa.

Léese en una carta de Roma del 1.º de octubre que publica *La Epoca*:

«Realizada la capitulación, entraron en Roma las tropas de Victor Manuel acompañadas de una banda de emigrados romanos, á la que se agregó al poco tiempo una turba de criminales y de gente perdida y soez, de esa gente cobarde, que siempre sale á las calles después del triunfo de las tropas invasoras ó insurrectas. Esta canalla, hez del populacho vicioso, se desparramó por la vía pública dando gritos de *vivas* y de *mueras*, amenazando á cuantos consideraban adictos al gobierno temporal del papa, invadiendo las oficinas de policía y del tribunal criminal, estrayendo de ellas papeles importantísimos de interés general y otros que probaban la delincuencia de muchas personas, algunas de las cuales contribuían á este saqueo, destrozando el mobiliario, apoderándose de objetos de valor y cometiendo toda clase de tropelías. Este es el orden que decían venir á restablecer los satélites del rey galantuomo.»

Mientras se ejecutaban esos atropellos, el cuerpo diplomático extranjero se hallaba en el Vaticano al lado de su santidad, admirándose de ver el ánimo resignado de este venerable y santo señor. Al cuerpo diplomático le fué entregada la protesta que redactó el cardenal pro-secretario de estado, de la cual envié ya á V. una copia.

El pueblo de Roma, el verdadero pueblo, el que como dicen en España, paga y vale, estuvo durante la invasion encerrado en sus casas, no teniendo gobierno efectivo durante muchas horas, y temiendo frecuentemente desastres, porque si los malvados cometían por su cuenta abominables excesos, los jefes de las tropas reales nada hacían para evitarlos, y por el contrario, por medio de sus delegados, perpetraban actos que en todas las legislaciones del mundo están penados como delitos.

Con efecto, de orden del general Cadorna y del titulado general Masi, que era en 1848 un militar subalterno romano, y se hizo íntimo de Garibaldi y ahora ha sido nombrado gobernador de Roma, varios agentes se han apoderado violentamente de las cajas del tesoro y de ahorros y del Monte de Piedad, encontrando en la del tesoro, según balance hecho en la mañana del mismo día 20 por la administración pontificia, más de 6 millones de pesetas en oro y plata acuñados y en pastas, además de grandes valores y efectos en cartera de próximo vencimiento. Es por consecuencia completamente falso lo que han espresado los diarios semi-oficiales de Florencia respecto á haberse hallado tan solo en el tesoro pontificio 2 millones de pesetas. Si de este modo faltan á la buena fé y á la verdad los emisarios del gobierno de Víctor Manuel, no es extraño que en otros muchos particulares falten á otras elevadas consideraciones. El Sr. Masi se hizo dueño también de las oficinas de correos, de telégrafos y de la administración general de Roma. Los edificios públicos fueron tomados como locales conquistados.

Consecuente con esta política aventurera, altamente censurable y de concesiones á las turbas y á la hez del populacho, el general Cadorna ha nombrado días después de su entrada una junta municipal compuesta en su mayoría de revolucionarios republicanos y de algunos que tomaron parte activa en el sangriento y criminal motin de 1848, siendo conferidos muchos cargos públicos á emigrados condenados á diversas penas por sus fechorías, á quienes también se ha reintegrado en todos sus derechos políticos y civiles, abonándoseles como años de efectivo servicio los que han pasado en la emigración ó en los presidios.

Constituidos de este modo vergonzoso el gobierno y la administración de la histórica y monumental Roma, los desórdenes y las demasías no podían menos de continuar y continúan. Los insultos y las amenazas son frecuentes, los garibaldinos son en realidad dueños de la población, los hombres honrados apenas se atreven á pisar las calles. Los más ardientes de los vencedores piden descaradamente la supresión de las órdenes religiosas, la venta de los bienes de la Iglesia, la concesión de derechos ilimitados, la publicación y cumplimiento de las leyes políticas, civiles, penales, económicas y administrativas que rigen en el llamado reino de Italia. En una palabra, se quiere acabar con lo existente y minar el catolicismo, que es la obra constante de la revolución.

Es positivo, y los diarios de Florencia lo han referido, que se ofreció solemnemente por el rey Víctor Manuel y que se ratificó por sus generales, la más completa libertad é independencia de la ciudad denominada *Leonina*; pero esta libertad é independencia se han convertido en un estado de mayor opresión que aquella en que se halla el resto de Roma, porque las tropas de Víctor Manuel tienen casi sitiado el Vaticano, habiendo invadido aquel territorio contra sus promesas y estipulaciones, no siendo cierto que el papa ni las autoridades pontificias reclamasen su presencia en dicho lugar, como han espresado los periódicos florentinos. La transgresión de lo prometido y de lo estipulado, ha llegado al extremo de haberse concedido á los habitantes de dicha pequeña ciudad trasteverina el derecho de votar en la farsa electoral que se representará mañana, farsa impía y ridícula, pues está todo dispuesto para que vengan á la población muchos italianos, que no son romanos, á fin de que aparezca una vota-

ción de 40 ó 50,000 electores en favor de la anexión, cuando es seguro que no irá á emitir el sufragio ni la décima parte de este número de habitantes de Roma.

Nada pasa aquí realmente que no se haya visto en todos los pueblos en que las revoluciones motinescas han triunfado. Abusos de fuerza, ataques á las personas y á las propiedades, desconocimiento de la justicia, atropello á la legitimidad, apoderamiento de lo ajeno, fraudes electorales, falsías repetidas, todo esto se ha presenciado en los doce días transcurridos desde la invasion extranjera y usurpadora. ¡Qué notable diferencia entre lo que hoy se toca y el estado de hace dos semanas! En el día todo es confusión, desorden, abusos, atentados: antes todo era orden, paz, tranquilidad, confianza, seguridad. Ahora los ataques á las personas y á las cosas son incesantes; antes apenas se perpetraba un delito común, y pasaban meses sin que los funcionarios de la administración de justicia tuvieran que ejercer su ministerio en asuntos graves.

Tales beneficios deben los romanos á Víctor Manuel. Este se ha dejado llevar de su ambición desenfrenada, y para satisfacerla ha contraído alianza tácita con los republicanos de Roma, que eran pocos y de escasa valía. Difícilmente podrá ya el desdichado monarca emanciparse de sus aliados, y en un período no muy largo será por ellos vencido y destronado.

Su santidad no se presta á tratar con los usurpadores de sus estados y defiende la integridad de sus sagrados derechos con la entereza que dan la justicia, la razón y las leyes universales que rigen todos los pueblos no abandonados de la mano de Dios. Confiado en su innegable soberanía y en su suprema autoridad, implora de la divina Providencia el remedio á los males presentes, y no duda que recibirá reparación omnimoda y cumplido consuelo. Sin embargo, es digno de respetuosa compasión este venerable y santo anciano que ha prodigado á su pueblo toda clase de bienes morales y materiales, y que á una edad avanzada se ve prisionero en su casa é insultado por gentes que recuerdan las hordas salvajes de Alarico y de Genserico. ¡Salud al mártir pontífice!

*L'Unità Cattolica* publica todos los días nobles y enérgicas protestas, particulares y colectivas, contra la sacrilega invasion de Roma.

Los revolucionarios han proclamado en documentos públicos que «todos los buenos italianos se alegran de la ocupación de Roma,» y los periódicos católicos de Italia desmienten irrefragablemente el aserto, insertando ardientes y fervorosas protestas contra semejante ocupación.

También *The Tablet*, revista de Londres que hoy recibimos, dice que en muchas comarcas de Inglaterra surgen espontáneas manifestaciones contra el inicuo atropello de que ha sido víctima el romano pontífice. Se está preparando una gran protesta de los católicos ingleses, á cuya cabeza figura el duque de Norfolk, cuyo documento se publicará la semana próxima, y será reproducido en todos los periódicos de la cristiandad; los señores Campden y Clifford organizan una manifestación, elocuente homenaje de la juventud católica inglesa al padre santo; se forman varias sociedades religiosas y de oraciones, con el fin de pedir á Dios por el triunfo de la santa sede, y las señoras constituyen una asociación dedicada á Nuestra Señora de las Victorias. Pero todo esto, añade el *Tablet*, es poco comparado con el movimiento católico de Irlanda: cuando Pío IX. haya hablado como prisionero, el católico pueblo irlandés se levantará, y su voz será oída en todo el mundo.

#### RETÓRICA SAGRADA

por el Dr. D. Manuel Muñoz y Garnica, canónigo lectoral de la Santa Iglesia de Jaén.

Obra de texto recomendada por el Escmo. señor cardenal arzobispo de Toledo, y por los Escmos. señores obispos de Jaén, Córdoba, Badajoz y Tortosa.

Un tomo en 4<sup>o</sup> de 350 páginas, se vende á 22 rs. en Madrid, librerías de Lopez, Olamendi y Tejado. En Jaén, Rubio y compañía, editor.

PALMA.—Imprenta de Guasp.